

LA MIRADA EN OCCIDENTE, BAJO LA SOMBRA DE LAS DOS CIUDADES.

Ensayo sobre la conciencia del ojo.

Richard Sennet. Versal. Travesias. Barcelona. España. 1990.

Walter Castañeda Marulanda

Especialista en Semiótica y Hermenéutica

Magister en Estética

Docente Departamento de Diseño Visual

Richard Sennet, en su primer capítulo trabaja un tema con el que intenta desarrollar la idea del cristianismo como una religión marcada por el sufrimiento, la inestabilidad, la dicotomía entre lo espiritual y lo profano y culmina con una reflexión en torno a las consecuencias de la naturaleza del cristiano en la construcción de ciudad y de imagen.

21

Los antiguos hebreos, quienes experimentaron todo tipo de penurias, buscaban congraciarse con la fe a su Dios resistiendo «estoicamente» las adversidades que eran como pruebas impuestas por ÉL.

El Dios de los Hebreos promete tierras a su pueblo que sólo se obtendrán tras la cercanía con penia e inops, y la constante transhumanica. Dios prohíbe su representación en ídolos, hace prometer a sus discípulos destruir el templo de Jerusalén; la religión de los hebreos carece de suelo y abomina las imágenes, de la misma manera que los futuros cristianos exaltarán la fe con ellas y echarán raíces sobre los huesos de los santos.

San Agustín, estructura las bases del pensamiento cristiano en los primeros tiempos del alto medioevo, sus ideas contienen cercanía con los conceptos platónicos. Para Sennet, San Agustín es la pieza clave en

las fuertes dicotomías que experimentan los cristianos en la construcción de su mundo dual, el universo cristiano se desenvuelve entre el caos y el orden, sagrado y profano, centro y periferia, luz y oscuridad, muerte y vida, vacío y lleno, imagen y palabra, aspectos estos que constantemente se reflejan en la historia de los mismos y que constituyen la base para la comprensión de su arquitectura, su arte, tiempo, espacio, su fe, su ética y moral.

Los cristianos se diferencian en el Imperio Romano de las religiones existentes por su apertura a los miserables, los rechazados y los pobres; el cristianismo surge con ideas novedosas que captan la atención del público, su filosofía entregaba respuestas a un pueblo cada vez más inconforme con el imperio y resultaba anodina frente a los politeísmos de la antigüedad, salvo en tiempos de Amenofis IV, el mundo no había visto religiones dedicadas a un Dios y con un sentido naturalista y compasivo por la vida. San Agustín ve en la invasión de Alarico en el siglo V AC, la mano de Dios quien por medio de los bárbaros destruye a los infieles, pero fiel a la concepción que privilegia el alma sobre el cuerpo, advierte que los amos de Roma no serán los cristianos, porque su deber no es manual ni terreno sino del alma y eterno. Pero también hay materializaciones, tales como en la «visión religiosa» cristiana, cuya interpretación para Agustín no es la de una metáfora verbal sino un acto concreto y perceptivo que se materializará en piedra y cristal, esto es lo mismo que en rígida y oscura roca, transparente y evanescente cristal, frío y vanidoso cristal como los sueños de hielo de Aureliano Buendía.

Los escritos de San Agustín revelan el estado en el que los cristianos permanecen hasta nuestros días, los cristianos occidentales se debaten entre lo mundano y lo espiritual el ojo y la palabra, herencia hebrea y griega que fundamenta nuestras relaciones con las esferas temporales y atemporales; la marca de lo sensual, la huella de la piel, lo sensitivo como excusa para dominar el mundo de lo material a través de la obra de arte, la mirada que espulga el mundo como heredad griega.

La palabra de otro lado, herencia hebrea que verbaliza lo material, susurra lo inmaterial, calla lo intemporal, enmudece ante Dios, carece de su efigie, crea universos con la vibración fonética, Dios ordena la luz con su voz, no la esculpe. Las palabras alejan a Satanás, la oración une, es colectiva, la imagen separa, es onanista, provee placeres individuales, no importa de qué índole.

23

(...Una sombra de esta ciudad se ha proyectado sobre la tierra¹(...), la sombra proyectada provee bordes nítidos, apariencias visibles, objetos tangibles, la ciudad que irradia la luz, la ciudad celestial se corresponde con la tierra como Némesis, dependencias mutuas que se complementan sin la una la otra esta incompleta. La fe se insinúa con las sombras de lo eterno.

Los incrédulos de la ciudad de las sombras pueden hallar a Dios buscando el lugar de proveniencia de la luz, ÉL está tras el foco de lumen, ÉL se ha ocultado, es necesario jugar a las escondidas porque la fe perdida, el Dios perdido no son sencillos de encontrar. Es preciso seguir la luz para encontrar tras ella la fe, en lo que debe constituirse en una prueba personal e intransferible, no hay fórmulas para hallarla.

Para Platón «teoría» equivalía a mirar o ver, para los modernos la palabra se asocia con conocimiento que es lo mismo que iluminación, ver, prodiga sabiduría, ver la luz lleva a los caminos de Dios.

El cristiano pasa su vida buscando pruebas de la existencia de Dios, el hebreo las encuentra constantemente en el viento, la naturaleza, el griego las materializa en la plástica, pero para el cristiano lo más doloroso es que cuando encuentra las pruebas de Dios, estas son falsas, ídolos de barro, Dios no le dio suelo ni tiempo a sus hijos, estos siempre están buscando, viven en la ciudad de las sombras.

La fe de los cristianos ha dividido su mundo y escinde el adentro y el exterior a diferencia de otras culturas la nuestra expone murallas a la calle, bloquea la luz del sol, se asegura de evitar las vicisitudes, erige templos en la mitad de las ciudades, cierra el acceso a los fieles mediante puertas, esclusas y coronas de oro, para otras religiones el centro del templo es el individuo, la sabiduría, la iluminación provienen de la búsqueda de la irradiación propia de luz que se concentra en el interior del individuo.

Afuera están las diferencias, los animales, los locos, los niños, los ancianos, los parálíticos, cuando el cristiano encuentra la fe, olvida las diferencias, lo mundano, se ciega con la luz, desconoce los matices, cierra las puertas a lo externo, evita contaminarse.

La ciudad cristiana, la ciudad occidental creció con la creencia de la jerarquía de lo inmaterial, la ciudad medieval se convirtió en un caos en el que reinaba el azar de Dios, los cons-

tructores medievales eran picapedreros, artesanos que distaban de los filósofos romanos, ellos se preocupaban por la solución inmediata y no por planes a futuro, salvo en los templos y catedrales que respondían a planes colectivos, que buscaban asegurar el bienestar común y el beneplácito de Dios.

Heredamos el barullo y desorden medievales, cargamos las cargas que Agustín tradujo de Platón, nuestras ciudades occidentales son la resultante de las contradicciones y mezclas de nuestra religión, pareciera que no nos queda otro remedio que desenvolvemos en la dualidad, una dualidad que nos lleva de las epifanías a los hologramas, de los estigmas a las materializaciones de Jesús o la Virgen en buñuelos, en árboles y ranas, a vivir a la sombra de la promesa de una ciudad flotante, luminosa, poderosa, que al parecer nos enceguecerá por su excesivo voltaje, sumidos en la sombra de un castigo merecido por ser cristianos.

¹ Pág. 22 Sennet.

Bibliografía

- SENNET, Richard. *Versal. Travesías*. Barcelona. España. 1990.
ELIADE, Micea. *Lo Sagrado y Lo Profano*. Editorial Labor, S.A. 1996.
DEBRAY, Régis. *Vida y Muerte de la Imagen*. Ediciones Paidós. 1994.
HUIZINGA, Johan. *El Otoño de la Edad Media*. Atalaya. 1995.